

CAPÍTULO XI

EL VALLE OSCURO (1930-1945)

EN 1930, el Tratado Naval con Inglaterra fomentó el sentimiento de confianza en sí mismo, por parte del grupo militar. Al mismo tiempo, el primer impacto de la Gran Depresión que había comenzado en 1929, en los Estados Unidos, alcanzó al Japón y comenzaba a entorpecer el funcionamiento de la joven democracia parlamentaria (problemas económicos, desde luego, ofrecen magníficos pretextos para las tendencias autoritarias que siempre, en cualquier país, están esperando su oportunidad). Pronto vemos cómo organizaciones políticas secretas comienzan a sembrar un ambiente de terror, y desde luego, la visible amenaza del estalinismo proporcionó ante la buena burguesía cierta justificación a tales grupos, que pronto estuvieron practicando la política mediante el asesinato. No es nada nuevo que la "gente decente" se incline frecuentemente a combatir a Mefistófeles con ayuda de Belcebú. Es verdad que los intentos de *coups* militares de 1931 y 1936 fueron frustrados; sin embargo, su efecto intimidante sobre el público en general fue considerable. Al mismo tiempo, el *gekokujō*, la rebelión de los jóvenes contra los maduros, en el ambiente político y militar, tuvo efectos negativos para la continuación de la democratización del Japón (¡cuánto debió también el hitlerianismo al idealismo irresponsable de los jóvenes!) y así, a partir de 1934 el Japón ya ha entrado plenamente en el *kurai tanima*, el valle oscuro, de subversión fascista en el interior y agresividad combinada con maquiavelismo en la política exterior, junto con un excesivo mesianismo nacionalista y xenofobia.¹

A este nacionalismo se le pega a menudo la etiqueta de *kokutai*, esencia nacional-estatal del Japón, que según los líderes de aquel entonces

¹ R. Storry, *The double patriots; study of Japanese nationalism*, Londres, 1957. El término de *double patriots* se popularizó en la niponología para designar a los que desde 1931 hasta 1941 dibujaron el camino político del Japón.

nunca podría ser comprendida, analizada o válidamente criticada por un no-japonés. Se trata de la íntima convicción de que el Japón es un Estado con una gran misión metafísica, un Estado que emana de una verdadera nación-familia, bajo su patriarca de origen divino, el *tenno*. En realidad, empero, la referencia al *tenno* era algo hipócrita, ya que de hecho, en el campo del poder real, éste ya había sido sustituido por grupos de presión, en los cuales el poder económico de los grandes *trusts* y el poder militar se juntaban.² Los teóricos del *Kokutai*,³ de los *arcana Imperii* de esta época, señalan que de una fidelidad emocional al emperador, en combinación con la tradicional solidaridad entre familiares y entre vecinos (una solidaridad —*kyōdotai*— imbuida de una jerarquización consuetudinaria y en parte todavía fincada en la ley⁴), nace la celebración del 2 600 aniversario del poder imperial, jubileo basado, desde luego, en el legendario ascenso de Jimmu Tenno. Esto fue motivo de mucha oratoria místico-política, mitológico-política, sobre la unión de raíces tan venerables con un porvenir glorioso, que, al precio de ciertos sacrificios y de disciplina, le estuvo predestinado al país. Las publicaciones académicas no quedaron libres de esta clase de ideas, y también allí hallamos referencias a la nación-familia y a su evolución rectilínea hacia el poder internacional, bajo la dirección personal del representante de los dioses, que sin interrupción se encuentra en el poder desde hace más de dos milenios y medio. Recordemos la cínica observación de Bismarck de que nunca le faltaban prostitutas y profesores para defender sus ideas... Es verdad que Tatsukichi Minobe y Yuchino Sakuzo encontraron cierta resonancia con sus teorías de que el *tenno* fuera órgano, pero no base del Estado japonés; pero el ambiente político general les era adverso, y los teóricos del *kokutai* —como Hozumi Yatsuka— los derrotaron.

Este nuevo nacionalismo se manifestaba también en la preferencia por el nombre de “Nippon” en vez de *Nihon*, y en este cambio hallamos un amor a los arcaísmos que tiene, en la misma época, varios interesantes paralelos en otros países⁵; en cierto sentido, es una manifestación

² Kamakura, *op. cit.*, II, pp. 108 y ss.

³ Se distinguía entre el *kokutai*, esencia del Estado, características que nunca cambian, y *seitai*, forma concreta de gobierno que puede variar según las necesidades del momento histórico.

⁴ Hasta 1946 la primogenitura produjo privilegios legales, y los consejos de familia podían ejercer una influencia abrumadora en la vida de los jefes de hogar.

⁵ Cf. el retorno al término de “Etiopía” o de “Irán”, “Tai” (en vez de Siam) o “Eire” en vez de Ireland; a la misma época pertenece el entusiasmo por todo lo “germánico” en Alemania, comparable a la popularidad del término de “azteca” en círculos nacionalistas mexicanos.

de un misticismo arcaizante que recuerda algo aquel famoso *Blut und Boden* de Hitler.

La historiografía respecto de esta fase todavía tiene a menudo una tendencia de pintar los acontecimientos en blanco y negro, y a veces inclusiva tiene algo de histérico y trata de hacernos olvidar que esta fase también tuvo grandes aciertos. Así, en 1935 la educación obligatoria se extendió hacia la secundaria, y comprendió en 1939 a todos los hombres hasta la edad de 19 años, una verdadera hazaña si uno toma en cuenta la difícil situación económica, desde 1930, y si uno ve estos datos contra el fondo asiático general. Por otra parte, esta educación fue puesta al servicio de la nueva tendencia política, y desde 1938 la orientación *kokutai* en los libros obligatorios de texto era algo como corrupción de la juventud y netamente antiacadémica.^{5a} Además, el espíritu de flexible convivencia, tolerante, entre diversas religiones, estuvo de pronto en peligro. Los escolares tuvieron que contribuir con labores y dinero a las fiestas de los dioses, los *kami* del *Shinto*, y la superioridad oficial de esta religión, obvia desde 1868, pero hasta ahora tratada con admirable sentido acomodaticio y contemporizador, se volvió opresiva. Aunque Confucio, con su veneración de la armonía, hubiera fruncido el entrecejo ante las prácticas represivas y fanáticas del grupo en el poder, el neoconfucionismo supo arreglarse con la situación política. El budismo tuvo más problemas, y el cristianismo, siempre algo riguroso y renuente al sincretismo, fue, desde luego, la religión que más sufrió.

Durante esta época primero tuvo lugar la conquista de Manchuria (1931) y en 1937 la invasión del norte de China.^{5b} Luego, en abril de 1938, la Ley de Movilización General lleva al Japón hacia el dirigismo económico.

El nadir de la democracia fue alcanzado en 1940, cuando una Asociación de Asistencia al Gobierno Imperial tomó el mando de la vida política, reprimiendo en forma ruda toda oposición, sobre todo por parte del comunismo; esta asociación era el equivalente japonés del partido nazi. En aquel mismo año de 1940 fueron también disueltos los sindicatos, considerados incompatibles con la economía de guerra y con el nuevo ambiente fascista. Desde aquel año, la Dieta se vio reducida a

^{5a} R. H. Mitchell, *Thought control in prewar Japan*, Cornell University Press, 1976.

^{5b} Para los detalles del impacto de esta mentalidad militar-nacionalista sobre la política exterior, es interesante Ian Nish, *Japanese foreign policy 1869-1942: Kasumigaseki to Miyakezaka*, Londres, 1977. En este título, Kasumigaseki, sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores y Miyakezaka, sede del Estado Mayor militar, se refieren a la tensión que a menudo existió entre estas dos autoridades.

una institución que debía dar validez formal a las decisiones de un pequeño grupo empresarial-militar⁶ que utilizaba a Hirohito como bandera emocional y tradicional. Una institución temida y eficaz, durante aquellos años, era la policía militar, el *Kempei-tai*, con todas sus ramificaciones visibles e invisibles. En comparación con Alemania e Italia de aquella misma época, empero, el poder judicial japonés aún conservaba algo de independencia.

Es altamente verosímil que Hirohito, durante estos años, no haya tenido un papel independiente frente al poder empresarial-militar: "la cola estaba coleando al perro". Inclusive es probable, a la luz de la investigación occidental, que el *tenno*, gentil y retraído erudito, haya utilizado en contra de la guerra⁷ lo poco que le había quedado de poder.

Desde luego, todo lo anterior no había nacido de la nada: ya durante la fase Meiji observamos constantemente una subcorriente peligrosa, que desde 1930, por circunstancias exteriores, en parte de índole mundial, recibió la oportunidad de convertirse en supercorriente. Recordemos, de los años Meiji, el asesinato político del occidentalizador Yokoi Shonan; el ataque japonés de 1894 sobre el semicadáver de China (en el cual el Japón se llevó como botín Formosa, las Islas Pescadores y ciertos derechos en el sur de Manchuria); varios aspectos de la guerra contra Rusia que no correspondían al derecho internacional; o la anexión de Corea en 1910.⁸

Repetimos que, a pesar del ambiente generalmente negativo de la fase que estamos describiendo, en el campo jurídico también produjo algunos aciertos, como las nuevas normas de 1933 sobre cheques y títulos de crédito, reflejo de las convenciones respectivas de Ginebra y la ren-

⁶ El elemento empresarial consistía de los grandes *zaibatsu*, *trusts*, generalmente cristalizados alrededor de algún núcleo familiar (los Mitsui, Mitsubishi, Yasuda, Sumitomo, etc.). En este mundo de los grandes negocios seguía predominando un ambiente "feudal", una red de lealtades personales bajo un sistema de jerarquía tradicional que nadie discutía.

⁷ En cuanto a Tojo: para obtener una visión más objetiva sobre esta figura central de la política militar de la fase en cuestión, véase de R. J. C. Butow, *Tojo and the coming of the war*, Princeton, 1961 — casi una rehabilitación *post mortem* del viejo general, tan perjudicado por las dificultades semánticas de traducir los momentos esenciales de su proceso, ante un tribunal prejuiciado en contra de él, con acusadores que trabajaban bajo instrucciones personales de Stalin.

⁸ Humanistas occidentales atribuyen a veces este triste viraje del Japón a su "falta de filosofía" (véase, por ejemplo, Gironella, J. M., *El Japón y su duende*, Barcelona, 1976, p. 76). Esta opinión parece exagerada: vemos que varios países imbuidos de sólida tradición filosófica (Alemania; en menor grado Italia) e inclusive de tradiciones moralizadoras y teológicas (España) tampoco se escaparon al "fascismo". Para la democracia parlamentaria, más o menos humanitaria, una filosofía como la hegeliana es más peligrosa que una falta de filosofía.

vación de los primeros libros del Código de Comercio, con modificación de unos 500 artículos (4 de abril de 1938; en vigor desde el 1 de enero de 1940). Ya antes, en 1936, había sido renovado el derecho de sociedades (W. Röhl, empero,⁹ toma esta modificación legislativa como ejemplo de cómo el hecho de copiar normas extranjeras, sin estudiar el fondo político, económico, histórico y sociológico de ellas, a veces ha podido acarrear inconvenientes para el Japón. Un acierto legislativo, en plena guerra, fue la Ley de 1942 que facilita la conciliación como institución alternativa del litigio.

Para la posición de la mujer el ambiente militarista no era favorable, y la prohibición del aborto, en 1940, era una natural consecuencia de la tendencia de ver a la mujer como productora de material humano para la gloria de la patria. Pero no todo era negativo: es precisamente en los años treintas que en la literatura moral japonesa hallamos frecuentemente protestas elocuentes en contra de la asimetría en cuanto a la idea de la fidelidad matrimonial.¹⁰

En cuanto a la filosofía del derecho: resintió desde luego la persecución del marxismo y de todo lo “subversivo”; además, la fanática propaganda por el *kokutai* creó un ambiente peligroso para la discusión de los temas filosófico-jurídicos y de la teoría general del estado.¹¹

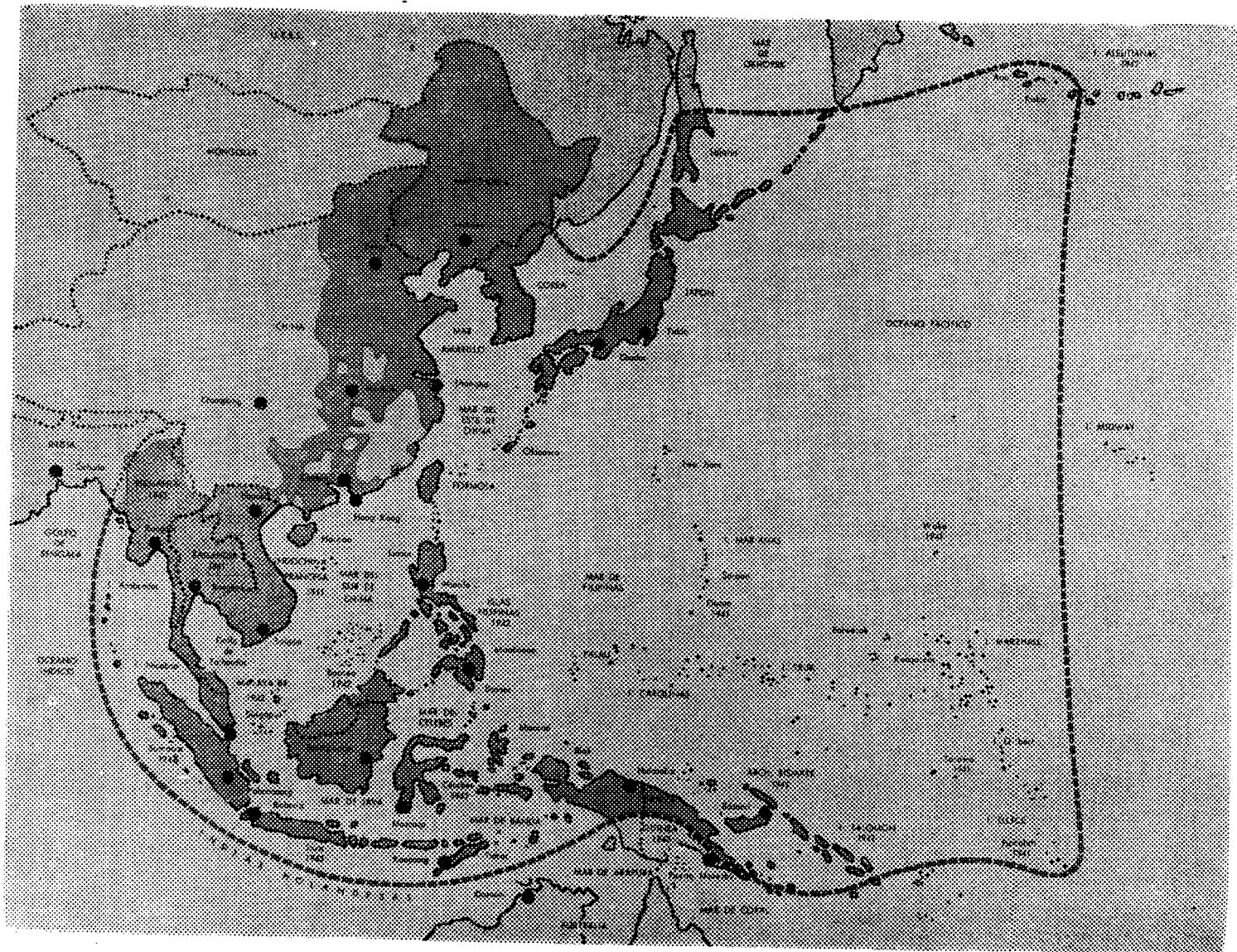
En este ambiente general, la participación del Japón totalitario en la guerra mundial ya era “inevitable”, nos aseguran los historiadores, usando un adjetivo que les encanta colocar *ex post facto* (olvidando, en este caso, que otros Estados totalitarios —como la España franquista— lograron evitar esta “inevitabilidad”). De todos modos, la inserción del Japón en el magno conflicto tuvo lugar en forma muy teatral, mediante una violación flagrante del derecho internacional: el sorpresivo ataque de Pearl Harbour, del 27 de diciembre de 1941.¹²

⁹ W. Röhl, *Fremde Einflüsse im modernen Japanischen Recht*, Frankfurt/Berlín, 1959.

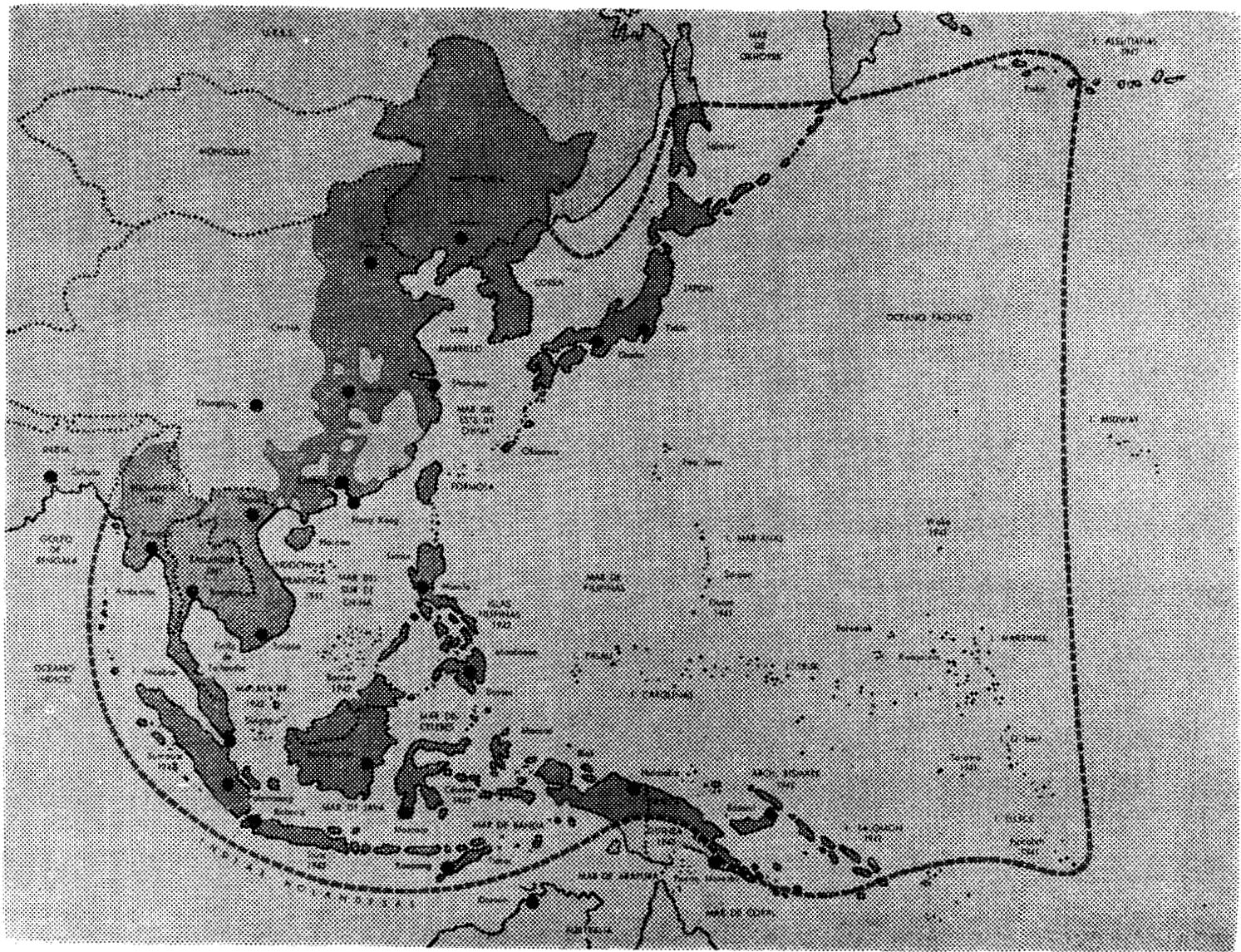
¹⁰ E. Tappe, *Soziologie der Japanischen Familie*, Münster, 1955.

¹¹ Véase J. Llompart, *op. cit.*,

¹² Para una persona que quiera apartarse algo de las opiniones comunes y corrientes sobre esta fase, y matizar su opinión a la luz de una información objetiva acerca de los sucesos detrás de los bastidores entre Pearl Harbour y el discurso de Hirohito del 15 de agosto de 1945, puede recomendarse R. C. Butow, *Japan's decision to surrender*, Stanford, 1954. En cierto sentido, Pearl Harbour ayudó a Roosevelt, el cual quiso entrar en la guerra contra Hitler pero tuvo las manos atadas por el aislacionismo norteamericano, hasta que este grave evento mostró la imposibilidad de permanecer neutro. Para una equilibrada opinión sobre este aspecto de Pearl Harbour, véase J. McKechnie, *The Pearl Harbour controversy*, M., N., 18 (1963), pp. 45 y ss. Con dudosa juridicidad, la internación de japoneses en los Estados Unidos, desde Pearl Harbour, se extendió a japoneses ya naturalizados norteamericanos, lo cual, después, dio lugar a indemnizaciones bastante generosas.



Territorio dominado por el Japón en el apogeo de su poder, por 1942.



Territorio dominado por el Japón en el apogeo de su poder, por 1942.

A partir del famoso *Tora, tora, tora* de Mitsuo Fuchida, durante algunos años el poder del Japón logró extenderse territorialmente en forma impresionante, bajo la bandera de una “Esfera Asiático-Oriental Mayor de Coprosperidad”, eufemismo, si jamás hubo uno, para encubrir un imperialismo más pronunciado aún que el del *manifest destiny*. Se trataba de una aplicación de la idea del *Lebensraum* en combinación con una especie de doctrina Monroe asiática.

Sin embargo, el acto tan poco elegante de Pearl Harbour^{12a} pronto fue seguido por la derrota de Midway, medio año después, que marca el comienzo del descenso japonés hacia la tremenda derrota de 1945: en las huellas de la *hybris* vino la *némesis*, acentuada en este caso por la aplicación de las nuevas armas nucleares en Hiroshima y Nagasaki.¹³

Si la victoria de Pearl Harbour sólo había sido aparente, preparando la derrota, ésta también era un hecho que a la larga produciría algo contrario: democracia y prosperidad para el Japón.¹⁴

^{12a} A menudo se trata de explicar la escasa sensibilidad japonesa por el derecho internacional, que se ha manifestado en varios momentos importantes de su historia, por el “espíritu insular”, el *shimaguni konjo*.

¹³ La bomba que cayó sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945 fue la *Little Boy*; la que cayó tres días después sobre Nagasaki fue la *Fat Man*. El gobierno japonés temía que la tercera bomba cayera sobre Tokio; no sabía que los Estados Unidos no tenían en aquella época más que las mencionadas dos bombas; la fabricación de la tercera hubiera tomado medio año. Se calcula que la primera bomba costó inmediatamente 140 000 vidas, y la segunda 70 000, además de lo cual en los siguientes cinco años murieron todavía unas 130 000 personas afectadas por estas bombas, los *hibaku-sha*. Las dos mencionadas ciudades publicaron en 1981 un reporte detallado y académico, *The physical, medical and social effects of the atomic bombings*, Basic Books, Nueva York, 1981, con relatos de los sobrevivientes.

¹⁴ Por centrar nuestra atención sobre la evolución del Japón, no hablaremos aquí del efecto, evidentemente favorable, que la derrota de 1945 ha tenido sobre la terminación del colonialismo en el sureste de Asia.